

Testimonio del Combate de la Concepción Sus Primeras Fuentes

Coronel Marcos López Ardiles, Ejército de Chile

ES AVENTURADO e injusto el propiciar comparaciones de hazañas gloriosas, máxime cuando Chile exhibe un dilatado e impresionante inventario, que, quizás, se abre con el rechazo de nuestros indios a la hegemonía incaica. Sin embargo, coincidimos en destacar a Iquique y a La Concepción como escenarios donde la trama alcanzó la sublimación del heroísmo: el sacrificio de la vida propia en aras del honor de la nación. Ambas gestas representan símbolos de nuestra historia naval y militar.

La Esmeralda y su homérico combate, constituye por el hecho mismo y sus notables circunstancias, una epopeya, rubricada por el sacrificio de Prat y otros muchos, y por su bandera que, flameando en lo alto, desaparece en las aguas del mar de Iquique, a la vista de quienes desde la costa fueron testigos de la inmolación, provocando la admiración de extranjeros y aún del propio enemigo.

De no haber habido sobrevivientes, lo ocurrido habría bastado para perpetuar el recuerdo de este hecho heroico. Sin embargo, quiso la Divina Providencia que algunos de esos valientes conservaran sus vidas y relataran, como actores y testigos, los detalles de los hechos en cada fase del desigual enfrentamiento y lo obrado por los oficiales y tripulantes de esa gloriosa nave.

El detallado parte del segundo de a bordo, el Teniente Luis Uribe, el relato del Guardiamarina Arturo Witson y el mismo informe del Comandante Miguel Grau, son algunos de los testimonios existentes, todos ellos de notable coincidencia y que permiten formarnos un cuadro minucioso de las alternativas de la singular epopeya.

Pero en La Concepción nadie quedó para contarlo. Los soldados de Carrera Pinto murieron todos, uno a uno, como emulando a los legionarios de Leonidas que,

adelantándose a ellos en más de dos milenios, habían sucumbido en las Termópilas... “Caminante ve a Esparta, y dile que yacemos aquí por obedecer sus Leyes”.

¿Cómo, entonces, llega hasta nosotros el relato de lo acontecido en La Concepción, los días 9 y 10 de julio de 1882?

Las fuentes directas desde donde se extraen las versiones se reducen a dos tipos: la de los habitantes del poblado que presenciaron el combate y la de los soldados peruanos que lo asaltaron. Otra contribución importante para establecer los hechos, es la que proporcionan las fuerzas chilenas que llegaron a La Concepción dos horas después de consumada la tragedia, cuando todavía ardía el incendio en el improvisado cuartel chileno.

Sobre el desarrollo del combate se han escrito varias versiones que, en su mayoría, coinciden en los hechos centrales, pero en la medida que pretenden detallar las alternativas de esas interminables diecinueve horas, dan a conocer antecedentes que, pudiendo ser ciertos, no han podido ser comprobados. Es el caso del número de mujeres chilenas que acompañaban a la guarnición y el de un niño que habría nacido durante el combate; también se menciona a veces a un niño de cinco años. Incluso, sobre la base de un testimonio recibido por el Coronel Del Canto, que cuenta de una jovencita que imploraba al Subteniente Cruz que se entregara, se han tejido románticas versiones sobre la relación amorosa entre el oficial y la moza.

Controvertida ha sido también la querrela que tuvo lugar entre los Generales Del Canto y Abonen, respecto de la actuación que tuviera este último, como Comandante de la vanguardia de las fuerzas chilenas que llegaron a La Concepción, cuando el combate ya había termi-

nado. Sobre estas recriminaciones se extiende don Germán Bécquer, en *El Mercurio* del 4 de julio de 1994.

Apartándonos de los ribetes de leyenda que han ido complementando el relato, nos ceñiremos a la transcripción de algunos antecedentes objetivos que han aportado los testigos del combate o del escenario todavía humeante.

Recordemos que la División Del Canto se encontraba por aquella época ocupando la sierra peruana y su situación era crítica, entre otras razones, por la epidemia de tifus que causaba estragos, por la dispersión de sus medios que la hacían vulnerable a los ataques sorpresivos y por la insuficiencia de víveres y municiones. Ante ese panorama, su Comandante resolvió desocupar Huancayo y reconcentrar sus fuerzas en Tarma. El mismo 9 de julio de 1882, Del Canto remitía su parte de resolución al Jefe del Estado Mayor, General José Francisco Gana, y le informaba del estado de su División: “Ruego a US. se sirva impartir las órdenes del caso para que a la mayor brevedad nos transporten a Tarma unos cincuenta a cien mil tiros de infantería para rifles *Comblain* y *Grass*, como igualmente los víveres necesarios y forraje para los animales, pues no contamos con ninguno de estos recursos. (...) Si los víveres y municiones no llegan, la situación del Ejército va a ser desesperante; por lo tanto, espero que US. se servirá dar la importancia necesaria a mi pedido”.¹

El tenor del comunicado, en un tono que linda con el atrevimiento, refleja el grado de angustia e impotencia del jefe al que se le exigían victorias pero no se le proporcionaban los medios, a excepción de 3.500 soldados chilenos dispuestos a cualquier hazaña.

Las Primeras Noticias

El día 10 de julio, se encontraba en marcha el grueso de la División, llevando al Regimiento “Chacabuco” en la vanguardia. Unas treinta cuadras antes de llegar a

San Jerónimo, el jefe de ese cuerpo, el Teniente Coronel Marcial Pinto Agüero, ordenó al Capitán Arturo Salcedo, su ayudante, que se adelantara con dos jinetes al vecino pueblo de La Concepción, a fin de que Carrera Pinto dispusiera lo conveniente para recibir a los numerosos enfermos. El notable cronista y veterano de la guerra, don Nicanor Molinare, transcribe así el relato de Salcedo:²

Llegamos a San Jerónimo y al atravesar esa villa no pudo menos que llamar nuestra atención el pavoroso silencio que reinaba en el pueblo; no se divisaba un alma; no había nadie; aquello era un cementerio.

Nosotros mirábamos no sin cierta inquietud aquel silencio, aquel abandono del pueblo, cuando de unas de sus casas vimos salir al súbdito italiano don Carlos Rivetti, comerciante en calzado, vecino de Huancayo, que muy chileno se había adelantado con su familia a San Jerónimo, para continuar viaje a Lima, que no quería quedarse en La Sierra, por temor a la soez y terrible venganza peruana.

“Rivetti se dirigió a nosotros”, narra Salcedo, y desde lejos, accionando, dio a comprender que algo muy



Subteniente Arturo Perez Canto

grave acontecía.

Era yo muy íntimo amigo de Ignacio, anota Arturo Salcedo, y algo así como una congoja inexplicable me tomó el corazón: ¿fue acaso un vuelco del alma que me llevó a imaginar que Carrera Pinto hubiera muerto?

No lo sé, pero algo raro pasó por mí.

Don Carlos Rivetti en el intertanto agregaba: “Toda la guarnición sin que se haya escapado uno solo han muerto en La Concepción”.

Todos, todos han perecido, no se rindieron jamás; ¡qué chilenos tan bravos! (...) El señor Rivetti nos dio todos los datos que sobre aquella tragedia poseía; y en el acto continuamos la marcha sobre La Concepción.

Dando un rodeo al camino principal que conducía al pueblo, cuenta el Capitán Salcedo que treparon a una

*cadáveres de ambos bandos combatientes, y el hacina-
miento, humeante aun, de los escombros del cuartel
que había sucumbido por el fuego (...)*

*En la casa del señor Duarte, en donde yo estuve en el
pueblo de Concepción, me refirió un sirviente de na-
cionalidad española, y que era el único habitante que
cuidaba la casa que el combate se había iniciado a las
dos y media de la tarde del día 9, por dos batallones
perfectamente armados que calculaba en 800 hombres
y que arreaban a más de dos mil indígenas para obli-
garlos a atacar el cuartel. La tropa se defendía
heroicamente, dispa-
rando sus armas con
mucha calma, y había
veces que una misma
bala tendía a dos o tres
individuos. Que en la
noche no cesaron de
atacar el cuartel, to-
mando posesión de la
torre de la iglesia la tro-
pa enemiga que venía
con rifles y de donde ha-
cía a los chilenos gran
número de bajas. Vino
el día 10, y tan pronto
aclaró, y como no po-
dían penetrar al cuartel,
encendieron fuego por
dos partes, auxiliándose
con estopa mojada en
parafina, con lo que se
consiguió realmente
que el fuego consumiese
el edificio.*

El Comandante del Re-
gimiento “Chacabuco”
era entonces don Marcial
Pinto Agüero, quien, cum-
pliendo con la ordenan-
za, remitió al Comandan-

te de la División un parte en el que se informa de lo
acontecido a una de sus compañías. Redactado en for-
ma sobria y concisa, hace una breve relación del comba-
te que es, en gran medida, la base de los relatos posterio-
res. En un pasaje de su informe, dice:

*Según los datos que se han tomado de algunas per-
sonas que se han encontrado en la ciudad, están con-
testes en asegurar que el día 9 del presente, de 2 a 2.30
PM., se presentaron en alturas que rodean el pueblo,
tropas enemigas, que uniformadas de blanco y arma-
das de rifles, hacían fuego sobre la plaza (...).⁵*

Recién en los párrafos finales de su informe, Pinto
Agüero se permite abandonar su espartana redacción y

deja aflorar sus sentimientos de cariño y admiración:

*La memoria del Capitán don Ignacio Carrera Pinto,
Subtenientes don Julio Montt, don Arturo Pérez Canto
y don Luis Cruz M., sacrificados con sus 73 soldados en
el puesto del deber, es algo que el que suscribe, como el
personal del cuerpo de mi mando, recordaremos siem-
pre con respeto y nos esforzaremos en imitar, en algo
siquiera, el camino que con su abnegación y sus vidas
nos ha trazado ese puñado de valientes.*

Como vemos, tanto el Coronel Del Canto como el Co-
mandante Pinto Agüero, basan sus informes en los testi-

monios de lugareños. El
historiador y veterano
de guerra, Teniente Co-
ronel Francisco M. Ma-
chuca, identifica a algu-
nos de ellos: “el doctor
francés D. Luis M.
Journés; el caballero pe-
ruano doctor don Ra-
món Tello, que ejercía su
ministerio con abnega-
ción y lucía las insignias
de la Cruz Roja; los co-
merciantes alemanes se-
ñores Schaf y Krignes;
el comerciante italiano
señor Gamba; el Tenien-
te Coronel señor Lago
(peruano), de uno de los
cuerpos de línea, que
relató los hechos al ayu-
dante del General
(Cáceres), don Manuel
H. Horta, periodista y
corresponsal en campa-
ña. Todas las relaciones
(de los nombrados) —
concluye Machuca—
coinciden en los puntos
capitales.”⁶



Capitán Ignacio Carrera Pinto

Don Víctor C. Valdivieso, quien en julio de 1882 era
Teniente, Comandante de una Compañía del 2do. de Lí-
nea, anota sus impresiones en una carta:⁷

*Los que creíamos a la compañía que estaba destaca-
da en La Concepción en muy buena situación con res-
pecto a víveres, nos extrañó no viniesen los oficiales a
recibirnos para ofrecernos algún alimento puesto que
hacia más de veinticuatro horas que no lo tomábamos.*

*Tan luego como dejé alojada mi Compañía me dirigí al
cuartel situado en la plaza para saludar a los oficiales,
pero ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrar sólo los ca-
dáveres de los valientes que allí habían sucumbido! El
dolor, la rabia, el despecho de no poder vengar a los*

que habían sido cobardemente ultimados por un número crecidísimamente mayor de enemigos, se apoderaron de mí.

La Salvada del Doctor y su Versión

Particularmente interesante resulta la increíble experiencia del doctor Rómulo Segundo Larrañaga y el testimonio que nos deja en una carta a Nicanor Molinare, escrita con el propósito de aportar antecedentes al acucioso historiador:⁸

El 6 de Julio de 1882, salí de Lima con dirección a Huancayo a reemplazar al Doctor D. Agustín Gana Urzúa, que regresaba por Licencia o renuncia, dejando en aquella ciudad a los cirujanos 2dos. D. Justo Pastor Merino y D. Juan Francisco Ibarra.

El 7 salí de Chicla, término entonces del ferrocarril de la Oroya, acompañado del Capitán Escobar del «Santiago» que se dirigía a Tarma, a donde llegamos a las 6 de la tarde.

El día siguiente, 8, partí de esta ciudad en compañía del Coronel D. Eulogio Robles, quien escoltado por 20 ó 30 Carabineros de Yungay, llevaba dinero y calzado para la tropa de Huancayo. A dos horas de camino tuve el placer de saludar al doctor Gana que venía de regreso.

Llegamos a Jauja al anochecer y en la alborada del día 9 emprendimos marcha a La Concepción, a donde llegamos como a las doce meridiano.

Recuerdo que apenas terminado el almuerzo, el Teniente Carrera Pinto me comisionó para que solicitara del Coronel que nos quedáramos ese día para presentarnos al pueblo, alabando el carácter de sus habitantes. ¡Tan ajeno estaba el héroe invicto de estar a un paso de la gloria!

Me extraña, me dijo el Coronel Robles, que Carrera te diga tal cosa cuando estamos rodeados de millares de montoneros; hay que partir al punto; así, a la 1 y

media de la tarde nos pusimos en camino, llegando a Huancayo a las 6 o un poco más.

Un dato valioso que se me olvidaba: al salir de La Concepción, al practicante D. Clodomiro Pino, niño de 18 años y a cargo de quien estaban los enfermos de esa guarnición, lo llevé conmigo para conseguir un suople, con la promesa de enviarlo al día siguiente; este hecho explica el porqué los heridos durante el combate no tuvieron asistencia médica.

Valorice Ud. la petición de Carrera Pinto y la negativa del Coronel, cuando hora y media más tarde, a las 3, empezaba la homérica jornada, luz radiante del heroísmo chileno, tan brillantemente narrada por Ud.

Sin duda que todavía no era la hora del doctor Larrañaga. Impresiona conocer de primera fuente, el testimonio de uno de los últimos tres chilenos que departieron con los héroes a pocas horas de su sacrificio. El doctor llegó finalmente a Huancayo y, al día siguiente, en 10 de julio, debió desandar sus pasos prestando ahora sus servicios a la División que se encaminaba hacia Tarma. A medio camino se encontraba La Concepción y don Rómulo, seguramente, habrá pensado lo grato que sería reencontrarse con el atento Ignacio Carrera y sus oficiales, y

quizás ahora sí podría ser presentado en el pueblo. Así nos cuenta lo que vio:

Entramos en el pueblo: Ahí no hay un perro, ni un gato, ni una cucaracha (sic); ahí no existe la vida, ahí sólo está la muerte en sus dos manifestaciones de la grandeza, y la bajeza humana!

Lea ahora lo que motiva estas líneas: el personal sanitario, a cargo de los dos cirujanos 2dos. arriba anotados y del que esto escribe, se ocupó preferentemente de atender su servicio, tarea difícil y pesadísima por la gran cantidad de enfermos que era preciso instalar, alimentar y medicinar.

Puedo asegurar a Ud. que hasta las dos de la maña-



Subteniente Luis Cruz Martínez

na he estado en estos afanes con D. Justo Pastor Merino, de modo que la extracción de los corazones ha podido sólo efectuarla el cirujano Ibarra quien por ser cirujano del Batallón tenía más familiaridad con la oficialidad.

El cirujano 1° Larrañaga,⁹ a pesar de estar acostumbrado a ver las atrocidades de la guerra, no puede ocultar su estupor ante la escena. No hemos querido reproducir los duros adjetivos con que ilustra su testimonio, para no ofender a los buenos amigos de hoy, ni abrir viejas heridas de chilenos y peruanos, ya cicatrizadas hace tiempo.

Aprovechando la referencia a este distinguido cirujano, dejamos constancia de que las palabras de elogio y reconocimiento al centenar de médicos chilenos que aliviaron a nuestros antepasados durante esa guerra, nunca serán las suficientes en cantidad y en elocuencia. Arriesgando sus vidas y, en más de una ocasión, empuñando las armas para rechazar un asedio del enemigo, acompañaron siempre a los soldados, procurando desveladas atenciones a sus heroicos mutilados.

El Reportaje de *El Mercurio*

Lima, julio 22 de 1882.

Señor Editor de *El Mercurio*:

Respecto de la concentración de nuestro ejército, el asalto del puente de la Oroya y los ataques de Marcabaye y Concepción, hemos mandado ya algunos detalles; pero creemos necesario referir los nuevos que acabamos de recibir, porque el combate de La Concepción traslada todas las imaginaciones a la homérica lucha del desesperado 2° (de Línea) en la batalla de Tarapacá, así como la sorpresa de Marcabaye tiene muchos puntos de contacto con otras de las escenas ocurridas en aquella quebrada memorable.

Así comenzaba el completo y detallado reportaje del corresponsal de *El Mercurio*. Sin duda que había noticias para ese mes, y ellas estaban cargadas de glorias para las armas chilenas. El largo comunicado está firmado sólo por las palabras “El Corresponsal”. Dura tarea periodística era cubrir esa guerra lejana pateada por Batallones olvidados. Chile ya estaba pletórico de hazañas militares: Iquique, Tarapacá, Arica, Tacna, y su culminación en Chorrillos y Miraflores significaba la más completa victoria de Chile. El propio General Baquedano, el

siempre vencedor y jamás vencido, el símbolo personificado de la victoria, había sido traído de vuelta y, tras los viejos estandartes, había cruzado los arcos triunfales de la Alameda. ¡Qué difícil era ahora conmover a un pueblo ya desbordante de victorias!

Para los chilenos, lo único que faltaba era un mero protocolo diplomático: la firma de la paz. Era cierto que algunas montoneras continuaban la resistencia al mando de un porfiado General peruano. Pero, qué podrían hacer esas fuerzas guerrilleras contra un ejército que había mostrado al mundo hazañas increíbles y que, en correcta formación, había desfilado por las calles de Lima. Sin embargo, la Campaña de La Sierra resultaría a la postre la más larga de la guerra y tam-

bién la más incomprendida. El propio gobierno de Santiago no atinaba a comprender que se dilataran las operaciones de una campaña que ya comenzaba a ser una incómoda carga política. Los burócratas de La Moneda no entendían que era distinto derrotar a un ejército de línea que doblegar a un pueblo orgulloso, por cuyas venas corría sangre de dos imperios.

El reportero del decano de la prensa termina su completa relación de los hechos identificando a sus fuentes. Entre ellas señala a un caballero francés, que fue encontrado casi moribundo y que sólo salvó gracias a los auxilios de nuestros cirujanos; a un doctor peruano de apellido Tello; y también coincide con Machuca, al señalar



Subteniente Julio Montt Salamanca

al ciudadano italiano señor Gamba. “Todas esas relaciones —agrega *El Mercurio*— y las de los demás extranjeros están acordes en ponderar el increíble heroísmo de los 77 soldados y oficiales del ‘Chacabuco’. Estas aseveraciones fueron confirmadas después por los mismos jefes enemigos que tomaron parte en el asalto; pero aunque así no fuera, ¿se necesitaría más brillante y palpable testimonio que la muerte de todos y cada uno de esos bravos?”

Las Versiones Peruanas

Los peruanos, en una actitud digna que se condice con la valentía mostrada por los defensores de Angamos y de Arica, han reconocido con hidalguía la bravura de los defensores de La Concepción. Leamos la referencia al combate que hace el corresponsal del diario *El Eco de Junín*:¹⁰

Según las disposiciones del General en Jefe, el Coronel Gastó, Comandante General de la División de Vanguardia, atacó en la tarde del mismo día 9 a la guarnición de la ciudad de Concepción, la misma que sucumbió por completo, sin que se salvase ningún jefe, oficial ni soldado.

La guarnición de Concepción constaba de 100 hombres al mando del Comandante Carrera Pinto, sobrino de don Aníbal Pinto, ex - Presidente de Chile.

Este jefe murió heroicamente defendiendo el puesto que le había sido confiado, dando ejemplo de valor a sus subalternos, que se batieron hasta el último momento, haciendo frente a nuestros soldados que competían en arrojo y decisión con enemigos dispuestos a vender caras sus vidas; peruanos y chilenos lucharon con denuedo y encarnizamiento.

Aún más elocuente que el anterior informe periodístico, resulta el testimonio del General Andrés Avelino Cáceres. En sus *Memorias*,¹¹ el Caudillo de la Sierra recuerda así el episodio de La Concepción:

Los chilenos no habían advertido la marcha de los nuestros por las alturas. Mas, al avistarlos, cuando ya descendían por las agrias laderas, corrieron a apostarse en las bocacalles de la plaza. Y allí opusieron obstinada resistencia a las primeras acometidas de los guerrilleros, causando a éstos numerosas bajas, pero sin lograr rechazarlos. Al contrario, abrumados luego por las reiteradas embestidas guerrilleras retrocedieron precipitadamente a guarnecerse en un antiguo caserón conventual, donde también acuartelaban.

(...) Extinguiéndose ya el día comenzó a declinar también la refriega. Pero el improvisado reducto estaba ya completamente cercado. A pesar de todo, el enemigo continuó defendiéndose con inaudita fiereza, hasta que la niebla y la oscuridad envolviendo el campo tornó la brega en intermitente tiroteo. Y así, ambos adversarios, con el alma en vilo, se mantuvieron en acecho toda la luctuosa noche hasta que poco antes del amanecer del 10 de julio, los guerrilleros, testigos y víctimas de los crueles atropellos, saqueos, violaciones e incendios de los chilenos, les dieron un furioso asalto, del cual no se salvó ni uno sólo de los 76 hombres que componían el



destacamento enemigo.

Como una forma de justificar la carnicería efectuada por sus tropas, es natural que el General Cáceres apelara al argumento de supuestos deseos de venganza de la indiada (los guerrilleros), no obstante el hecho de que combatía como tropa regular, al mando de un Coronel de línea. Reconocemos, sin embargo, la honestidad y nobleza del General al dedicar laudatorios conceptos respecto a la bravura de los defensores chilenos. Conociendo de su recta actuación, no creemos que hubiera llegado a tergiversar los hechos, pero bien los pudo haber omitido.

Un libro sobre la Guerra del Pacífico, editado en los últimos años por el Ministerio de Guerra del Perú, da

cuenta también del combate que conmemoramos. En primer lugar, resulta interesante la enumeración que allí se hace de las fuerzas peruanas que participaron en el asalto, porque la superioridad numérica que señalan los historiadores chilenos pudiera, en ocasiones, parecer exagerada. Veamos, pues, contra qué fuerzas efectivamente pelearon los 77 chilenos:

DESTACAMENTO GASTÓ

Mando: Coronel Juan Gastó

Medios:

Ejército de Línea

- 1) Batallón de Infantería “Pucará N° 4”, al mando del Tte. Crl. Andrés Freyre
- 2) Batallón de Infantería “Libres de Ayacucho”, al mando del Tte. Crl. Francisco Carbajal

Fuerzas Irregulares

- 1) Columna “Comas”, más las guerrillas de Andamarca, al mando del Cdte. Ambrosio Salazar.
- 2) Guerrillas de Orcotuna,* al mando del Cdte. Teodosio López.
- 3) Guerrillas de Mito,* al mando del Cdte. Aurelio Gutiérrez.
- 4) Guerrillas de San Jerónimo, al mando del Cdte. Melchor González.
- 5) Guerrillas de Apata** al mando del Cdte. Andrés A. Ponce.
- 6) Guerrillas de Paccha** al mando del Cdte. Abel Bedoya y Seijas
- 7) Figuran, además, las guerrillas de Vilca y de Quichuay, sin especificar sus mandos respectivos.

* Refuerzos llegados apartir de las 7 de la noche del 9 de julio.

**Refuerzos llegados a partir de las 7 de la mañana del 10 de julio.

La citada obra no nos informa sobre el número de esta fuerza, pero dada la cantidad de cuerpos que la componía, debemos dar crédito a las fuentes chilenas que siempre estiman su número en más de dos mil.

Siguiendo la lectura del mismo libro, nos encontramos con una completa narración del combate (el libro le da el carácter de batalla, es decir le otorga una connotación estratégica). Sin embargo, después de haber revisado las anteriores versiones —y, en especial, las dos últimas— nos causan extrañeza algunas de sus líneas:

(...) El hostigamiento se hace más intenso, los atacantes peruanos desde la iglesia hacen fuego contra el cuartel así como también desde la casa vecina, perteneciente al señor Salazar. Llegan refuerzos de las comunidades vecinas de Apata, Orcotuna y Mito a partir de las 7 de la noche. La compañía enemiga irrumpe aprovechando la

oscuridad a través de la masa guerrillera para tratar de ganar la salida a Huancayo, donde es obligada a retirarse a su punto inicial. Se produce una tregua solicitada por el enemigo al izar una bandera blanca, y los atacantes peruanos, creyendo en la buena fe de este convenio internacional de guerra se aproximan sin temor hasta las inmediaciones del cuartelillo, siendo recibidos por una descarga de fusilería pereciendo gran número de peruanos en ese intento.

Gastó ordena retirar sus tropas dirigiéndose al fundo Santibáñez entre Quichuay e Ingenio aproximadamente a las 8 de la noche. Mientras tanto continuaban las acciones para destruir al defensor enemigo. Salazar aprecia la dilatación de las acciones sin ver nada positivo y decide dar más ímpetu al ataque ordenando incendiar el fuerte invasor, lo que se produce a las once y media de la noche. Los defensores continúan resistiendo dentro del local pasando al patio interior para evitar la sofocación producida por el humo y las llamas, pero siguen los intentos de asalto y finalmente al día siguiente, 10 de julio, a las 9 de la mañana el enemigo se rinde, siendo los sobrevivientes fusilados en el acto.¹²

Los Antecedentes Irrefutables

Después de examinar varios documentos y publicaciones que recrean el combate, se nos confirman, con orgullo, los episodios principales de esa gesta memorable. Es cierto que los detalles seguirán siendo sólo parte de la tradición oral, la que, por lo demás, no se puede rechazar por la simple falta de evidencias probatorias. Una buena parte de la historia de la Humanidad se ha escrito sobre la base de esa fuente. El número de chilenas, el niño de cinco años, el recién nacido y la mocita que clamaba al oficial, son hechos de ocurrencia altamente probable pues varios testimonios los reiteran.

Sin embargo, son hechos indiscutibles y plenamente comprobados:

- Que 77 chilenos, al mando del Capitán Ignacio Carrera Pinto y durante diecinueve horas, se enfrentaron en La Concepción a más de dos mil peruanos.

- Que 77 chilenos se defendieron no sólo heroica, sino que eficientemente, pues distrajeron fuerzas adversarias —lo que impidió que ellas emboscaran la marcha de toda la División— y dieron de baja a un gran número de enemigos.

- Que 77 chilenos sucumbieron, uno a uno, sin rendirse jamás.

¿Fue ésta sólo una acción de arrojo temerario, que raya en la inconsciencia?

Son muchos los ejemplos de ésta y otras guerras, que demuestran que el soldado chileno, ante la disyuntiva de morir peleando o de rendirse, ha escogido la opción primera. Y para no citar ejemplos de otro tiempo, centrémonos en esta misma Campaña de la Sierra (llamada de la Breña, en el

Perú) e, incluso, en la misma División Del Canto.

En Marcavalle y Pucará, los días 3 y 28 de junio, y el mismo 9 de julio en que era atacada La Concepción, se efectuaron tres ataques peruanos con fuerzas superiores a los 2.000 hombres, contra el Batallón “Santiago”, 5º de Línea. Esta unidad tenía disgregados sus medios entre Marcabais, Pucará, Zapallanca y Guayacachi, de tal suerte que ninguna de estas pequeñas guarniciones superaba los 250 hombres (en Marcavalle eran sólo 126). No obstante la apremiante situación y las numerosas bajas sufridas, en ninguna de las aisladas Compañías del “Santiago”, hubo siquiera amago de rendición.

El 3 de julio, el Teniente Francisco Meyer del 3º de Línea, se defendió con fuerzas reducidas para mantener libre el paso por el puente de la Oroya. Un párrafo del parte que remite el Teniente Coronel Manuel Barahona, nos da una idea de la acción: “(...) el Teniente Meyer, con su arrojo, sangre fría y acertadas disposiciones, rechazó y derrotó con un puñado de hombres a 300 que trataron de sorprenderlo, a media noche, contando con todas las ventajas de un bien estudiado ataque. Al teniente Meyer se le debe exclusivamente la conservación del importante puente que es la llave de nuestras comunicaciones con nuestro ejército”.¹³

El 15 de julio, el Subteniente Arturo Benavides¹⁴ de sólo 17 años, y accidentalmente al mando de su Compañía de “Lautaro”, la que estaba reducida a 50 hombres, mantuvo rechazadas a fuerzas cinco veces superiores por más de siete horas. “El oportuno refuerzo que se me envió —escribió Benavides— frustró las expectativas del enemigo de hacer con mi Compañía, lo que cinco días antes había hecho con la Compañía del Capitán Carrera Pinto”.¹⁵ Dentro de sus casi infantiles reflexiones, jamás asomó la idea de rendirse.

En fin, sin soberbia, podemos decir que los ejemplos sobran. La Concepción no fue, entonces, el resultado una actitud temeraria o la simple acción del destino. Eran

la convicción y la doctrina las que impulsaban al soldado chileno a los mayores sacrificios, entre ellos, el supremo, el de dar la vida antes de mancillar el honor de la nación y su bandera.

Cuando un muy reducido grupo, con quizá qué fines, querían en este último tiempo abrir un debate sobre la legitimidad de las glorias militares y sobre el carácter vencedor de nuestro Ejército, nos ha parecido más oportuno que nunca reseñar los hechos objetivos que llevan a La Concepción al pináculo de la gloria, amén de la justicia de su recordación permanente.

Están confundidos. Es seguro que quienes han asumido esa débil campaña, están completamente confundidos. En La Concepción, en las otras acciones nombradas y en todas las que ha participado el Ejército, éste ha sido sólo un instrumento del Estado y un espejo de la Nación. Es cierto que las llamamos glorias militares, porque ése fue el ámbito de su gestación, pero, por sobre todo, son glorias nacionales, son glorias chilenas. ¿O alguien piensa que esos 77 fueron soldados desde su nacimiento? No, por supuesto que eran primero chilenos, tanto como los mismos ingenuos detractores de las glorias de la Patria (si es que son de nuestra nacionalidad). En nuestro país, el ejército, histórica y constitucionalmente, se llama *Ejército de Chile*. Ese pronombre posesivo significa que nos pertenece a todos. No permitamos que nos enceguezca la luz de una opción política, por legítima que sea.

No quisiéramos terminar así estas líneas al aproximarse otro aniversario de la epopeya serrana. Sería injusto para esos héroes extendernos ahora en una querrela sin sentido. Es, además, el día solemne que se ha escogido para que nuestros soldados juren a su bandera. En cambio, preferimos pensar que, así como en el Morro se rinde homenaje a los bravos de Bolognesi, no tardará el día en que en La Concepción, parafraseando a Simonides, se pueda escribir: *Caminante, ve a Chile y dile que yacemos aquí por defender su honor. MR*

NOTAS

1. Estanislao del Canto, *Memorias Militares del General D. Estanislao del Canto*, (Santiago: Imprenta La Tracción, 1927), Tomo I pág. 239.

2. *El Combate de La Concepción*, (Santiago: Imprenta Cervantes, 1912), Tomo I, págs. 89-91 (Esta obra no fue publicada y quedó en condición de prueba de imprenta).

3. Francisco A. Machuca, *Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico*, (Valparaíso: Imprenta Victoria, 1930), Tomo IV, pág. 304. Esto lo corrobora el mismo Rómulo Correa en carta dirigida a Nicanor Molinare, fechada en Punta Arenas el 2 de agosto de 1911.

4. Del Canto, *op.cit.*, págs. 243-251

5. Pascual Ahumada, *Guerra del Pacífico*, (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1982), Tomo VII, págs. 189-190

6. Francisco Machuca, *op.cit.* págs. 299-300

7. Carta dirigida a D. Nicanor Molinare, fechada en Santiago el 22 de julio de 1911.

8. Carta dirigida a D. Nicanor Molinare, fechada en Santiago el 1 de agosto de 1911.

9. Cirujano 1º y cirujano 2º eran grandes jerárquicos que tenían los médicos militares.

10. Pascual Ahumada, *op.cit.* pág. 193

11. Andrés A. Cáceres, *La Guerra del 79, Sus Campañas (Memorias)*, (Lima: Editorial Milla Batres S.A., 1973), págs. 179-180

12. Ministerio de Guerra, *op.cit.*, pág. 130 (las letras en negrilla son nuestras)

13. Pascual Ahumada, *op.cit.* pág. 175.

14. Arturo Benavides Santos, es el autor de *Seis Años de Vacaciones*, publicado por la Ed. Fco. de Aguirre. En este libro, además de Tarma-Tambo, narra toda su participación en la guerra.

15. Arturo Benavides Santos, *Mayor Invalido, Tarma-Tambo*, (Santiago: Imprenta y encuadernación Claret, 1922), pág. 6.

Coronel Marcos Lopez Ardiles es Oficial del Arma de Artillería, Especialista de Estado Mayor, Profesor de Academia en la Asignatura de Geografía Militar y Geopolítica. Es miembro del Circulo Ignacio Carrera Pinto. Actualmente se desempeña como Jefe del Departamento de Geografía Militar y Geopolítica de la Academia de Guerra del Ejército.